



LUTERO PREDICA EN PUBLICO EN MOERA

II

DESDE WITTENBERG HASTA MUNSTER Y OSNABRUCK

E la desunion y del desorden del estado político de Alemania, que desgraciadamente eran hechos consumados á principios del siglo XVI, se engendraron los elementos que favorecian y apresuraban esencialmente la separacion de la Iglesia alemana en dos partidos enemigos, pues la Reforma ponía en manos del espíritu separatista de nuestro pueblo una nueva arma poderosa, de la cual se apoderó al punto para servirse de ella. Así sucedió que precisamente cuando en España, Francia, Inglaterra y Escandinavia el estado nacional unitario y monárquico se consolidaba, el imperio alemán tendía resueltamente á la division en una confederacion de Estados grandes y pequeños. Los pensadores patriotas, que preveían hacia mucho tiempo los males que podían seguirse de la division del país en muchos elementos políticos, lamentábanse amargamente, y uno de los hombres más dignos de su época, Gregorio de Heimburgo, había exclamado ya poco despues de 1450, lleno de ira: «¡Oh, ciega y aturdida Alemania, niegas la obediencia á un emperador prefiriendo someterte á mil tiranos!»

Pero preciso es confesar que el imperio no era tampoco tal como la nacion y la época lo requerían. Despues de la muerte del emperador Segismundo, la casa de Hapsburgo había tomado posesion de la Bohemia, obteniendo la corona imperial alemana, que conservó en su

poder hasta que con el emperador Cárlos VI se extinguió la línea masculina de los Hapsburgo. El reinado de Alberto II y el de Federico III fueron tales como podía esperarse de príncipes de carácter tan débil y faltos de genio. La constitucion y administracion del imperio parecían existir sólo por irrision, y por doquiera reinaba la anarquía. Los soberanos de los Estados particulares sólo hacían aprecio de la autoridad imperial cuando les convenía; pero por lo demás, los príncipes, prelados, señores y ciudades grandes y pequeñas obraban como tenían por conveniente. Semejante estado de cosas pareció mejorar bajo el reinado de Maximiliano I (1493-1519), pero las esperanzas que éste hizo concebir sólo se realizaron en parte, en primer lugar porque, atendiendo á razones muy naturales, y preocupándole más el poder de la casa de Hapsburgo que el imperio, tuvo por principales miras su casamiento con la heredera de Borgoña, María, hija de Cárlos el Temerario, y el enlace de su hijo Felipe con la infanta Juana la Loca, hija y heredera de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla. En segundo lugar porque prefería ser el «último de los caballeros» más bien que el verdadero emperador de una nueva época. Fué en efecto lo que se llama un «señor caballeresco,» de gran valor personal, de sentimientos humanos y carácter romántico, no exento de algun rasgo de buen humor; pero bajo el punto de vista histórico era una figura de poco relieve. Acometía empresas sin llevarlas á cabo nunca; proyectaba sin descanso, pero no ponía manos á la obra con energía; trazaba planos y hacía combinaciones, mostrándose empero incapaz para la ejecucion, tanto en el gabinete como en el campamento. En la llamada «guerra de los suabos,» que el imperio alemán hizo á la Confederacion suiza, manifestóse de la manera más deplorable su ineptitud diplomática y militar. Despues que los suizos hubieron derrotado varias veces al emperador, este se vió obligado á reconocer por la paz de Basilea (1499) la separacion definitiva de los confederados del imperio. De este modo se aseguraba á la Suiza el desarrollo de sus pequeños Estados republicanos, pero el imperio, no sólo perdía su más hermosa provincia, sino que esta, dominada bien pronto por la influencia de la política francesa, debía ser en adelante enemiga de Alemania.

Más tarde, además de los enlaces matrimoniales de que ántes hicimos mencion, Maximiliano negoció un tercero muy provechoso, desposando á su nieto Fernando, hijo segundo de Felipe y de Juana, con Ana, hija de Wladislao, rey de Hungría y de Bohemia; su nieto mayor, Cárlos, heredó despues de su padre Felipe las provincias de Borgoña y de los Países Bajos, y de su madre España con Nápoles y Sicilia y además las inmensas colonias españolas del Nuevo Mundo. El nieto menor, Fernando, recibió del abuelo los países alemanes de Austria, y del suegro la corona de Hungría y de Bohemia. En este acrecentamiento de poder de las dos ramas de la casa archiducal de Austria, la española y la alemana, justificábase con muchísima razon aquel dicho: *¡Bella gerant alii, tu felix Austria nube!* (Hagan otros la guerra, pero tú, Austria feliz, cástate). Pero lo que Austria adquiría por medio de los casamientos no aprovechaba á la Alemania; muy por el contrario, cuantas más coronas reales ó ducales ó de príncipes se ceñían los Hapsburgo, tanto más extraños se hacían á su patria. Los nietos de Maximiliano habían perdido ya del todo su carácter alemán, y la transformacion española de la casa de los archiduques (pues el elemento español dominó al fin sobre el alemán, borgoñon, wallon, húngaro y eslavo), llegó á ser una desventura nacional para Alemania. Tan funesta influencia ejerció ese elemento



EL EMPERADOR MAXIMILIANO

en la casa imperial que la impidió comprender la índole de la Reforma, á la que desde luego hubo de declararse hostil. A estas circunstancias agregóse la rivalidad de las casas de Hapsburgo y de Valois-Borbon, que subsistió dos siglos, durante los cuales el imperio alemán sólo se consideraba como un medio de la política particular de los Hapsburgos. El castigo de esta falta no se hizo esperar, pues más tarde ó más temprano se expian en política ciertos errores.

El emperador Maximiliano había empuñado con la mejor intencion las riendas del imperio,

y si hubiese sido un buen político en vez de un «señor caballeresco,» habríale sido dado satisfacer la necesidad de una reforma de la Iglesia y del Estado, sentida y ansiada en todas partes, pero no de la manera que lo hizo. Sin embargo, tenia que emplearse precisamente algun medio para reprimir la anarquía del imperio, á fin de que este último no quedara del todo indefenso contra los peligros que le amenazaban ya harto ostensiblemente por parte de



MARTIN LUTERO

Francia, y que eran inminentes por la de los osmanlis. En las filas de la aristocracia alemana figuraba entónces un hombre, el elector-arzobispo de Maguncia, Bertoldo de Henneberg, que debe considerarse como el último patriota eclesiástico y político eminente. Fué el alma de aquellos proyectos y negociaciones reformistas que en la Dieta de Worms, en 1495, adquirieron la forma de leyes del imperio. Allí se decretó la llamada «Paz perpetua del país,» destinada á poner fin á los terribles estragos que ocasionaba el derecho de la fuerza; allí se instituyó un tribunal supremo, el llamado *Reichskammergericht*, cuya residencia fija fué despues Wetzlar, y que tenia por objeto arreglar las cuestiones entre los Estados del imperio; allí, en fin, se decretó un impuesto general para todo el imperio («el dinero comun»), á fin de crear y proveer de fondos una caja nacional. Para el mejor gobierno y administracion del imperio se dividió este en diez distritos: los de Austria, Baviera, Suabia, Franconia, el Electorado renano, el del Rin superior é inferior con Westfalia, el de Borgoña, y de la Sajonia superior é inferior. El elector-arzobispo Bertoldo pensaba, no obstante, en una reforma mucho más radical de la

constitucion del Estado; ideaba un parlamento imperial, formado por los príncipes eclesiásticos y laicos y por los representantes de las ciudades que dependian inmediatamente de él; queria un gobierno parlamentario constitucional, no para debilitar, sino más bien para vigorizar la monarquía alemana. Los esfuerzos y excitaciones del prelado en este sentido se estrellaron sin embargo contra la escasa inteligencia y el ilimitado egoismo de los otros príncipes, así como contra la falta de energía del emperador. Este sabia de sobras cómo y dónde el zapato romano apretaba á su patria, pues en 1510 mandó redactar una detallada memoria expresando las quejas de los alemanes contra la Sede romana, pero fué demasiado débil, irresoluto é inhábil para hacer una enérgica tentativa á fin de atajar este mal. Ocupándose de muchos asuntos en todas partes, no logró hacer nada bueno en ninguna. Los gérmes de reforma, sanos y fecundos sin duda, contenidos en los decretos de la Dieta de Worms en 1495, no pudieron desarrollarse; la época favorable para regenerar el imperio, es decir, para transformar el débil Estado feudal aleman en una monarquía sólida y vigorosa, habia pasado ya. Miétras que en Francia la unidad nacional se consolidaba bajo la forma monárquica absoluta y en Inglaterra tomaba la de monarquía constitucional, en Alemania sucumbia á manos del particularismo aristocrático. Precisamente en la época de tránsito de la Edad media á la moderna, los magnates alemanes, dejando de ser vasallos del emperador y del imperio, como siempre lo fueron, erigieronse en príncipes soberanos en sus países. No cabe duda que la escision surgida en el seno de la Iglesia contribuyó mucho á la funesta multiplicidad de Estados pequeños, á la trasformacion de la soberanía de los príncipes en una autocracia ilimitada. Es indudable tambien que habia príncipes alemanes que por conviccion íntima se asociaron á la Reforma, pero otros, en cambio, lo hicieron por motivos muy poco nobles. Como quiera que sea, los señores convertidos así al luteranismo ó al calvinismo, hallaron en esto un medio muy cómodo para negar su obediencia al emperador, que se mantuvo adherido al catolicismo, dando por pretexto, como siempre, «la cuestion religiosa.» ¿Y los señores príncipes, sus compañeros, que continuaban en el seno de la Iglesia católica? ¡Ah! estos no podian tolerar que sus colegas luteranos y calvinistas fuesen más independientes y autócratas que ellos mismos; y por lo tanto, obraron tambien como soberanos «por la gracia de Dios».

Todo el mundo conoce las consecuencias del acto de Lutero en 31 de octubre de 1517 y la marcha de la Reforma. Tampoco se ignora la vida de Martin Lutero, que nacido en 10 de noviembre de 1483 en Eisleben (Sajonia) y educado en un convento, llegó á ser, despues de sufrir muchas privaciones, fraile agustino, más tarde doctor y catedrático de teología, despues rebelde contra Roma. Arrostrando el rayo de la excomunion, hizose reformista, y á la faz del emperador y del imperio defendió sus opiniones, por lo cual fué desterrado. Tradujo la Biblia al aleman como no se habia traducido hasta entónces; contrajo matrimonio con la ex-monja Catalina de Bora, sosteniendo su casa á fuerza de un asiduo trabajo y procurando no faltaran en ella «la mujer, el vino y el canto»; fundó la Iglesia luterana pactando para su consolidacion con los príncipes que favorecian la Reforma. Despues fijó los límites religiosos del luteranismo separándolo de la reforma político-nacional y de la revolucion político-social; sustituyó el principio autoritario católico con la letra de la Biblia, y rechazó como herejía cada una de las dudas que le fueron opuestas, calificando de «visionarios» á cuantos se atrevieron á sostener

y confesar respecto á la doctrina paulina-agustina otra opinion que la suya. Lutero compuso el gran himno de guerra de la Reforma («Un castillo fuerte es nuestro Dios, etc.»), pero sentó tambien el principio del limitado conocimiento de los súbditos («Puedes comprender con tu razon, dice, que dos y cinco son siete; pero cuando tu superior te dice que dos y cinco son ocho, debes creerlo contra tu saber y voluntad»). Lutero murió en 18 de febrero de 1546 en Eisleben. Herder, con el vigoroso estilo propio de su atrevido genio, ha caracterizado al reformador del modo siguiente: «¡Poderosa encina del suelo aleman! ¡Arriba en tu copa ruge la tempestad, pero arrostras inmóvil su furor! ¡La tempestad ruge desatada; y algunas pobres y endeblas ramas son rotas por el huracan; pero tú ¡oh encina! permaneces en pié: tal eres tú, Lutero!» No cabe duda que si este metafórico retrato del reformador es exacto en su conjunto, no lo es ménos considerado desde el punto de vista de la historia de la cultura. Sin embargo, vale la pena de preguntarse si una ú otra de las «pobres ramas rotas por el huracan» no tenian cuando ménos un valor tan grande como el luteranismo ortodoxo que quedó en pié, y sobre cuyo servilismo é intolerancia un contemporáneo de Lutero, Sebastian Frank, una de las cabezas mejor organizadas y de los corazones alemanes más excelentes del siglo XVI, expresóse ya en 1534 de esta manera: «En otro tiempo, bajo el pontificado, habia mucha más libertad de vituperar tambien los vicios de los príncipes y señores; ahora todos deben ser cortesanos si no quieren que se les llame rebeldes; ¡que Dios nos ampare!» Esta queja era demasiado justificada, pero ¿á qué servía acusar á la naturaleza humana y á la necesidad histórica? Pues es propio de ellas que la rebelion tan luégo como llega al poder en la lucha incansable entre la autoridad y la libertad, á su vez se hace conservadora defendiendo la autoridad con todos sus medios. Los rebeldes de ayer son en todos tiempos los déspotas de hoy.

Lutero poseia la vigorosa naturaleza del campesino de la Alemania inferior; era un hombre de profundos sentimientos, convencido íntimamente y penetrado de la verdad y de la bondad del cristianismo bíblico, tenaz como el hierro y argumentador á manera de los rústicos de la Sajonia inferior, de miras limitadas y de instruccion teológica y estrecha. A su temor de Dios sólo igualaba su temor al diablo, y tanto él como su sabio auxiliar Felipe Melanchton (Tierra negra) se atenian con una fe fanática á las creencias de su época en demonios, magos y brujos. Lutero no podia pues darse cuenta de la grandeza y de la belleza de la antigüedad clásica y de su cultura, y el movimiento humanista apenas habia influido en su ánimo. En cambio brillaba su alma con cierto fulgor poético; cultivaba con apasionada aficcion la música, y su talento oratorio era de una genialidad creadora. Sobre la base del dialecto de Meissen-Sajonia creó, enriqueció, pulió, dió flexibilidad á nuestra lengua castiza moderna por medio de su traduccion de la Biblia y por medio de sus escritos de enseñanza y controversia. Por lo demás no fué en toda su vida otra cosa que un fraile, ó cuando más un teólogo, considerando y tratando como tal las mismas cosas políticas. Puede comprenderse que las ideas y exigencias de los políticos de la reforma nacional, y más aún los revolucionarios político-sociales infundian miedo á este hombre, que se agitaba en una esfera sobrado limitada de opiniones y de ideas; tambien es posible que desconfiara, y con razon, de la veleidad de las masas y de la inconstancia del pueblo. Pero á pesar de todo eso, su parcialidad ruda y sangrienta contra el pueblo en la guerra de los campesinos («Todo el que